

Averiguación sobre algunos significados del peronismo

JOSÉ NUN

1. INTRODUCCIÓN

Sabemos —con el primer Marx o con el último Wittgenstein— que el sentido es siempre un emergente de las prácticas sociales. Y dado que estas prácticas se organizan en múltiples esferas que poseen pautas de interacción específicas, se sigue que en toda sociedad hay distintos niveles discursivos cuyos criterios de racionalidad y cuyas reglas interpretativas nada autoriza a suponer unívocos u homogéneas.

En otros trabajos me he referido a las diferencias que ocurren así entre los “juegos de lenguaje” de la ciencia, de la ideología y del sentido común. (Véase núms. 1981 y 1983.) Por cierto, ni esta distinción es exhaustiva ni se trata de compartimientos estancos —piénsese, por ejemplo, en la religión y en el sinsentido de pedirle a un creyente pruebas *científicas* de la existencia de Dios. Pero lo dicho alcanza para introducir lo que me propongo hacer.

Quiero explorar algunos de los significados que ha asumido el peronismo a nivel del discurso de sentido común de los sectores populares argentinos. A primera vista, es curioso advertir que se trata de un tema que ha sido muy poco estudiado. Sin embargo, el hecho no parece casual; y de entre las varias razones que pueden explicarlo, hay dos de índole teórica en las que me interesa detenerme:

a) La primera fue bien señalada por de Ipola (1982: 113-119), quien tomó precisamente al peronismo como ilustración del fenómeno. Me refiero a la difundida tendencia a ignorar la distancia irreductible que separa la producción y la recepción de los discursos sociales. Esta postura, de cuño iluminista, no distingue entre la emisión y los efectos de los mensajes porque les atribuye a estos últimos una suerte de “significación inmanente” a la que se supone que está en condiciones de acceder cualquier receptor racional. Es así que, con notoria frecuencia, tanto los análisis como los usos de la “ideología justicialista” han coincidido en adoptar como punto de mira eminente “lo que dijo Perón”, dando por sentado que, con eso, ya podía llegarse a saber “lo que pensaban los trabajadores peronistas”.

b) La segunda razón tiene poco que ver con la primera, aunque acabe conduciendo al mismo resultado. En este caso se parte más bien de la idea de que los modos populares de recepción de los discursos políticos son tan caóticos e inconsistentes que no se puede (o no vale la pena) estudiarlos. Es una posición rastreable en el propio Gramsci y que hoy suscriben autores de orientación muy diversa.¹ Con respecto al peronismo, este planteo se contenta con constatar la permanencia de esa identificación política en la mayoría de los trabajadores argentinos; y cuando, eventualmente, quiere dar cuenta de ella, se ve también forzado a buscar sus claves en los dichos o en los hechos de los dirigentes.

Mi enfoque es otro. Ante todo, justamente porque los efectos de un mensaje no pueden inferirse de su mera enunciación, para entenderlos hay que penetrar la lógica específica de los niveles en que se refracta. Y esto porque, contra lo que suponen las teorías idealistas del lenguaje, las palabras son hechos cuyo significado depende de las distintas prácticas en que se insertan.

En segundo lugar, se considera al sentido común tan caótico e inconsistente (y, por eso, difícilmente abordable) por dos motivos que quiero poner brevemente en cuestión. Uno es que se le aplican criterios de racionalidad que no le son propios, tales como la sistematicidad y la coherencia lógica: sobre esto importa subrayar que, en la actitud natural de la vida cotidiana, los juicios no son verdaderos o falsos —como los de la ciencia—, sino válidos o inválidos, correctos o incorrectos, eficaces o ineficaces. El otro motivo me parece todavía más importante: no se discrimina entre el *caudal de conocimientos del sentido común* (que es, efectivamente, un magma de tipificaciones, recetas, reglas, definiciones, máximas, etcétera) y las *prácticas de razonamiento del sentido común*, a través de las cuales esos conocimientos son concretamente aplicados (*cf.* Leiter, 1980: 5-11). Son estas prácticas las que articulan a situaciones específicas los elementos de aquel caudal que consideran apropiados; y en esta forma, cumplen una doble tarea: por un lado, determinan cuáles de ellos son relevantes en términos del problema a resolver; y, por el otro, al usarlos, establecen su sentido desde que éste es siempre función del contexto.²

Vale decir que resulta insustancial formular juicios generales sobre la falta de consistencia del caudal de conocimientos del sentido común, como corrientemente se hace; *lo que importa es referirse a las prácticas que lo*

¹ Gramsci (1975: III, 2268) afirma que, dadas su multiplicidad y su incoherencia, no es posible estudiar “los modos en que se presenta realmente el sentido común”. Curiosamente, esto aproxima su posición a la de Herbert McClosky, Philip E. Converse y otros teóricos políticos norteamericanos, enrolados en la denominada corriente “elitista” de los análisis de sistemas de creencias.

² La distinción a que aludo fue ya sugerida por Sorel (1919: 15, cursivas agregadas): “[En la región del sentido común] todo se mezcla con todo: las fórmulas son verdaderas y falsas, reales y simbólicas, excelentes en un sentido y absurdas en otro; todo depende del uso que uno haga de ellas.”

actualizan. Y estas prácticas son escasamente arbitrarias: se hallan reguladas socialmente y varían dentro de los marcos de lo que, por eso mismo, se llama sentido *común*. Nótese, sin embargo, que esto implica colocar de otro modo la cuestión de la consistencia, pero no eliminarla puesto que: a) la intensidad con que están reguladas las prácticas va cambiando históricamente como producto, sobre todo, de las luchas sociales; y b) los actores pueden participar en ellas de maneras parciales, incoherentes y desiguales. Pienso, no obstante, que en la medida en que el análisis se refiera a sujetos colectivos y no individuales (y de eso se trata aquí), puede apoyarse válidamente en una analogía lingüística: frente a quienes sostenían que el uso de una expresión es subjetivo, infinitamente complejo y, por ende, inaccesible a un estudio sistemático, Wittgenstein demostró que la pragmática está tan sometida a reglas como la semántica o la sintaxis (ver Pitkin, 1972: 81).

Baste este rápido esbozo como índice del espacio teórico desde el que intentaré averiguar algunos de los significados que ha adquirido el peronismo en las prácticas de razonamiento de sentido común de los trabajadores argentinos.

2. LOS DATOS

Utilizaré como base de esta exploración una encuesta que realicé hace algunos años entre obreros que habían sido despedidos masivamente de dos plantas automotrices del Gran Buenos Aires (ver apéndice 1).

Toda técnica de observación tiene sus limitaciones y en el mejor de los casos, *la encuesta sólo provee un acceso parcial a ciertos aspectos discursivos de las prácticas de los actores que interroga*. Sin embargo, dados mis fines —y siempre que no se pierda de vista esta restricción—, tal acercamiento no parece en absoluto desdeñable, según ya se irá viendo.

Pero es importante agregar un comentario adicional: que la encuesta sea el instrumento por excelencia de la sociología positivista no quiere decir que deba agotarse necesariamente en su marco. Así, lejos de tratar los resultados obtenidos como “datos brutos”, esto es, como un tipo de evidencia *experimental*, se puede proceder a examinarlos como un tipo de evidencia *histórica* y, por lo tanto, susceptible de diversas interpretaciones (*cf.* Runciman, 1966: 6-7). La que aquí propongo tiene constantemente en cuenta, por una parte, la inevitable intervención del observador en las distintas etapas de producción de tales resultados (muestra, cuestionario, procesamiento y análisis); y rechaza, por la otra, cualquier lectura que los atomice, como si fuesen inteligibles —y comparables— sin tener en cuenta los diferentes espacios semánticos en que operan.

Acerca de lo primero —y aparte de otras precauciones adoptadas en el curso del trabajo—, las entrevistas se esforzaron por recrear juegos de

lenguaje que fueran familiares para los respondentes; y, por lo mismo, abundaron en preguntas abiertas y en estímulos visuales, consistentes en ilustraciones realizadas por un conocido dibujante de historietas populares.

En lo que hace a lo segundo vale la pena subrayar que, desde la perspectiva antidualista en que me ubico, comprender el significado de una expresión no supone penetrar hipotéticos procesos ocultos que ocurrirían en la mente de los encuestados, como si se tratase de apresar al “fantasma en la máquina” —según la irónica fórmula de Ryle (1963: 17). Es cuestión, en cambio, de situar sus dichos por referencia a aquellos procesos sociales y públicos de construcción del sentido en los que, con mayor o menor consistencia, participan los actores.

Creo que, entendida de esta manera, la encuesta puede brindar una entrada útil —aunque tan circunscrita y conjetural como cualquier otra— a lo que aquí me interesa: los modos de estructuración y los contenidos de ciertas regiones del sentido común de los sectores populares argentinos. Es claro que, como siempre, la prueba del pastel está en comerlo.

3. TIPOS DE RAZONAMIENTO DE SENTIDO COMÚN Y PERONISMO

Es indudable la adhesión al peronismo de una amplia mayoría de los trabajadores argentinos. Pero también es indiscutible que, en el cuarto de siglo transcurrido desde el 17 de octubre de 1945 hasta el momento de esta encuesta, el peronismo fue amalgamando una variedad de apelaciones ideológicas —muchas veces contradictorias— y vivió experiencias políticas tan diversas como complejas (los dos primeros gobiernos de Perón; la llamada “resistencia”; el pacto y la ulterior ruptura con el frondicismo; el intento fallido de retorno electoral en 1963; la expectativa y luego el desencanto con la dictadura de Onganía; la eclosión guerrillera del 69; etcétera).

¿Qué quería decir, entonces, un trabajador cuando en 1970 se identificaba con el peronismo? ¿Que participaba o no de una imagen clasista de la sociedad? ¿Que creía en un partido o en un movimiento? ¿Que se sometía a los dictados de un líder paternalista o que confiaba básicamente en la fuerza de la organización obrera? ¿Que añoraba el distribucionismo populista o que estaba dispuesto a luchar por una transformación del orden establecido? ¿Que aceptaba o que rechazaba la violencia como arma política? ¿O acaso todo esto junto, en una maraña de temas tan confusa como propensa a la desintegración?

Porque éste es, precisamente, el asunto: si se dejan fuera seis casos no evaluables, *el 92 por ciento del conjunto de los trabajadores que entrevisté se declara peronista*. ¿Qué significado le atribuyen a esta posición? Más aún: ¿le atribuyen todos el mismo? Y si hay variaciones, ¿son éstas puramente aleatorias o se corresponden con interpretaciones distintas de la realidad?

Conviene repetir que esta clase de preguntas no ha sido demasiado corriente en la literatura, que la ha venido obviando de dos maneras: una, suponiendo que los encuestados son receptores pasivos de los mensajes políticos, con lo que el observador "sabe" de antemano qué quiere decir "ser peronista" y se satisface con un conteo "estilo Gallup"; y otra, considerando que las creencias de sentido común de la gente son científicamente inabordables, de modo que el investigador se resigna a aceptar ese mismo conteo. En ambas alternativas, el eje del estudio se desplaza de inmediato hacia la búsqueda de correlaciones directas entre aquella adhesión —que queda sin examinar— y variables "duras", presuntamente explicativas: años de residencia en centros urbanos; situación ocupacional; nivel de calificación; sexo; edad; ingreso; etcétera.

La diferente estrategia de análisis que propongo lleva a aislar, en cambio, diversos tipos de razonamiento de sentido común para ver, después, en qué medida inducen lecturas igualmente diversas del fenómeno peronista. Dos hipótesis de trabajos iniciales, entonces: que tales tipos son efectivamente aislables porque, más allá de idiosincrasias individuales, constituyen —insisto— producciones colectivas; y que su conocimiento es condición necesaria para que se vuelvan inteligibles una serie de respuestas particulares —en este caso, las que definen la filiación peronista de los trabajadores encuestados.

A estos fines, he construido una tipología que delimita ciertos sistemas de relevancias básicas de los actores. Sus dos dimensiones tienen por fundamento algunas proposiciones teóricas generales acerca de la estructura de los discursos de sentido común; en cuanto a los indicadores elegidos para elaborar esas dimensiones, implican juicios concretos de adecuación que parten tanto de observaciones previas sobre el contexto histórico específico del estudio como de un detenido examen de los abundantes materiales que proporcionaron las entrevistas en profundidad.

Es decir que a los dos propósitos que guían corrientemente la construcción de tipos (simplificación de los datos y búsqueda de efectos de interacción entre dimensiones), se agrega aquí un tercero: explorar hasta qué punto se inscriben los razonamientos de los entrevistados en campos de significación más o menos consistentes. Por eso —tercera hipótesis de trabajo— les atribuyo a estos tipos tanto propiedades "absolutas" como "comparativas" (ver Lazarsfeld y Menzel, 1961) aunque, en este texto, me referiré sobre todo a las primeras.

3.1. *Homogeneidad de intereses* *

3.1.1 El sentido común puede operar como un "sexto sentido" (Arendt, 1958: 208) precisamente porque sus razonamientos descansan sobre una

* El lector más interesado en los resultados que en el camino seguido para producirlos, puede pasar directamente al apartado 3.3.

certeza primordial: que cualquiera sea la cuestión de que se trate siempre habrá “gente como uno” que percibirá la realidad (y actuará sobre ella) de la misma manera. Es lo que Schutz y Luckman (1974: 61) han denominado el “axioma fundamental” de las experiencias de sentido común.

De ahí que la primera dimensión de la tipología procure acotar este tema, estableciendo, justamente, a quiénes definen los entrevistados, *en tanto trabajadores*, como teniendo problemas e intereses similares a los suyos. Utilicé para ello una batería de seis preguntas (ver cuadro 1) que giran sobre tres ejes: la ocupación estable; los empleos industriales; y la localización geográfica.

CUADRO 1

SECTORES CON PROBLEMAS E INTERESES PARECIDOS

(% de respuestas afirmativas)

	(a)	(b)	(c)	(d)	(e)	(f)	
la categoría	0	0	0	0	74	95	(20)
el trabajo	0	60	88	100	88	100	(25)
el pueblo	100	98	98	98	100	100	(50)

(a): los que tienen trabajo y los que están desocupados.

(b): los obreros industriales y los trabajadores ocasionales (changuistas, transitorios, etcétera).

(c): los obreros de la ciudad y los trabajadores del campo.

(d): los obreros de Buenos Aires y los obreros del interior.

(e): obreros de la misma empresa pero con distinta antigüedad y calificación.

(f): la mayoría de los obreros, aunque estén ocupados en empresas diferentes.

Las respuestas de los encuestados se distribuyeron con una nitidez notable en tres subconjuntos que, para facilitar la exposición, voy a llamar: *la categoría*; *el trabajo*; y *el pueblo*. He aquí sus contenidos básicos.

a) *La categoría*: Los respondentes de este grupo sólo consideran que son “gente como uno” los trabajadores con empleo estable en las empresas industriales del área de Buenos Aires. O sea que su marco de referencia es una categoría ocupacional geográficamente circunscrita, de la que no únicamente excluyen a los trabajadores rurales, a los desocupados y a los trabajadores transitorios sino también a los obreros industriales del interior del país.

b) *El trabajo*: En este caso, los entrevistados hacen una distinción tajante entre los que tienen trabajo y los que sólo consiguen empleos oca-

sionales. Esto es: se da por sentada una comunidad general de problemas e intereses entre todos los trabajadores, sean éstos de la industria o del agro, de Buenos Aires o del interior; pero la tipificación abarca exclusivamente a trabajadores *estables*. Quedan fuera, sin ninguna duda, quienes no tienen empleo (100 por ciento de las respuestas) y, para muchos, también quienes tienen conchabos transitorios (40 por ciento).

c) *El pueblo*: Impresiona aquí la unanimidad de las contestaciones: estos encuestados consideran que todas las categorías propuestas tienen problemas e intereses parecidos, trátese de trabajadores del campo o de la ciudad, con empleo o sin él. Es lo que me indujo a emplear genéricamente el rótulo *pueblo* para designar al amplio espectro social que, en tanto trabajadores, estos respondientes juzgan "gente como uno".

3.1.2 Pero, ¿indica, acaso, esta primera dimensión a quiénes consideran los entrevistados sus *iguales* y con quiénes se sienten *solidarios*? Explicar por qué no es así me servirá, a la vez, para especificar un poco más la lógica que presumo en los razonamientos de sentido común y para poner distancia con la frágil premisa en que se apoyan los estudios de orientaciones obreras que parten de la autoidentificación de clase.

Ocurre que las interpretaciones de sentido común sólo tipifican, en cada caso, a los que son percibidos como elementos *homogéneos* en relación a una característica dada. Pero a los miembros del conjunto así designado se les puede atribuir, todavía, grados diversos de igualdad o de desigualdad entre sí (ver Schutz, 1974: 210-252). Por ejemplo, el tipo "militar" abarca tanto a jefes como a soldados; el tipo "universitario", lo mismo a profesores que a estudiantes; el tipo "buen padre", a padres ricos y pobres, a padres con un hijo o con varios, etcétera.

Es decir que no todos los elementos homogéneos en función de una característica seleccionada serán reputados necesariamente como iguales, si bien únicamente puede haber igualdad entre elementos homogéneos. En el caso que me ocupa, sostener, por ejemplo, que la mayoría de los trabajadores del país tiene problemas e intereses parecidos evoca un conjunto homogéneo que todavía debe ser explorado; y nada autoriza a imaginar, *a priori*, que quienes eso afirman están implicando que no hay diferencias específicas —pertinentes a otros criterios— entre un obrero de la ciudad y un trabajador rural o un desocupado.

Tampoco el tema de la solidaridad queda subsumido en la dimensión a que me refiero. Y esto porque la designación del tipo aún no predica nada acerca de las relaciones internas que se dan o no por supuestas entre sus miembros, observación que es válida tanto para conjuntos homogéneos como para subconjuntos iguales. Ubicarse en el tipo "capitalista argentino", por ejemplo, es situarse en un espacio homogéneo sin por eso negar que éste se halle dominado por relaciones de competencia; y otro tanto ocurre incluso cuando se individualiza un área de igualdad dentro de ese espacio (v. gr., "pequeños fabricantes textiles"). Que se piense o no que los

componentes de un tipo social determinado debieran unirse, formar un movimiento, etc., es, sin duda, otra cuestión.

En suma, que hay que poner cuidado en no cargar estas tipificaciones elementales de sentido común con significados que se derivan de otros niveles de discurso. Lo que me trae al asunto de la autoidentificación de clase.

3.1.3 La literatura corriente sobre autoidentificación de clase presenta como no problemáticos los propios términos de su hipótesis básica, esto es, que debe haber una relación directa entre la manera en que los actores se autotipifican y sus orientaciones más generales. Por eso, el rigor de sus observaciones empíricas se agota en introducir controles que aseguren que los respondientes señalarán correctamente los grupos denotados por su autoidentificación; y/o que se ubicarán a sí mismos de modo plausible en las que se supone sean representaciones de espacios sociales. Desde ese momento, el observador opera por connotación: si el entrevistado se identifica, por ejemplo, como obrero, *deberían* seguirse una serie de actitudes sobre la solidaridad o sobre el conflicto de clases; y si esto no sucede, se ha detectado una anomalía que requiere explicación. Pero el significado mismo de la autotipificación no es materia de examen, *porque el observador da por sentada la posibilidad de una correspondencia inmediata (y literal) entre el discurso del observado y el suyo propio*. Es decir, que opera con dos supuestos:

a) Uno, implícito, es que no hay diferencias entre los juegos de lenguaje del sentido común y los de la ciencia o la ideología. Si así fuese, llamarse "obrero" debería acarrear ciertamente algunas de las consecuencias que las proposiciones teóricas le han atribuido a esta denominación. Pero el lenguaje del sentido común no es el de la teoría: sus autotipificaciones tienen que ser interpretadas en función de los criterios de racionalidad que le son propios y no absorbidos sin más por sistemas conceptuales que obedecen a principios articulatorios distintos.

b) El otro supuesto es explícito: considera que toda autotipificación tiene como referente un conjunto de elementos iguales. En esta forma, se vuelven a asimilar lógicas discursivas diversas puesto que, para el observado, esa autoidentificación puede remitir a un colectivo tanto de iguales como de homogéneos. Por este camino, la noción de "obrero", por ejemplo, se convierte en un agregado de tipificaciones que pueden tener muy poco que ver entre sí y que el observador no se ha dado condiciones para controlar. No es extraño, entonces, que su ulterior empeño por descubrir relaciones entre la autoidentificación de clase y otras actitudes arroje resultados inciertos y, muchas veces, contradictorios (ver, v.gr., Zweig, 1961).

3.2 *Antagonismo social*

Si la primera dimensión de la tipología se inspiró en Schutz, la segunda es ajena a la sociología de cuño fenomenológico que él orientó. Sucede que el subjetivismo idealista de esta última la ha llevado a ignorar (o a poner entre paréntesis) tanto el problema de las desigualdades de clase como el problema del poder (*cf.* Smart, 1976: 95-104). ¿Cómo hacerlo, sobre todo cuando se trata de establecer de qué modo interpretan la realidad los sectores populares?

Por eso me interesa contextualizar aquella primera dimensión, dado que nada indica todavía acerca de la trama más general de relaciones sociales en que los entrevistados sitúan a quienes consideran “gente como uno” *qua* trabajadores. Los conjuntos que tipifican, ¿son percibidos o no como contrapuestos a los grupos que concentran el poder y la riqueza?

Aquí es útil introducir la problemática del “principio de escisión”, elaborada por Gramsci a partir de Sorel (1975: I, 333; y II, 1385). Según su planteo —que la evidencia empírica ha confirmado repetidamente—, la concepción espontánea del mundo de las clases subalternas incluye siempre un “sentimiento elemental de separación” *que puede o no resolverse en una conciencia del antagonismo social, de la oposición entre dominantes y dominados*. En los términos que vengo empleando, se trata de determinar en qué medida —y con cuáles efectos— se combinan en los razonamientos de los entrevistados una cierta imagen de la homogeneidad de intereses y una visión antagonista de los ricos y/o de los patronos.

Para esto no era posible basarse simplemente —como suele hacerse— en las descripciones de la estructura social que los encuestados fueran capaces de verbalizar, convirtiéndolos así en una suerte de sociólogos sin título. Más aun que, contra lo que antes se creía (ver, por ej., Ossowski, 1963) tampoco estas representaciones de sentido común son unívocas: “Que una imagen dicotómica de la sociedad refleja necesariamente una visión conflictiva y una imagen jerárquica, una interpretación consensualista, son suposiciones que nunca han sido adecuadamente probadas” (Lopreato y Hazelrigg, 1972: 186).

Por lo tanto, preferí elaborar la segunda dimensión de la tipología en base a una batería de tres preguntas tomadas del lenguaje de sentido común y dirigidas específicamente a establecer cómo tipificaban los respondientes las *relaciones* entre dominantes y dominados:

- a) “Alguna gente dice que los ricos tienen la culpa de que haya pobres. ¿Está usted de acuerdo; en desacuerdo; o no tiene opinión formada al respecto?”
- b) “¿Cómo le parece que han hecho su fortuna la mayoría de los ricos...? — gracias a la suerte;

- mediante su trabajo y esfuerzo;
 - explotando a los trabajadores;
 - robando al pueblo.”
- c) “¿Qué opina usted...?”
- que casi todo lo que va en favor de los patrones va en contra de los trabajadores;
 - que hay bastantes cosas que son buenas para los dos.”

La construcción de un índice sumatorio simple reveló que las respuestas se concentraban en torno a los polos “antagonista” (+3; +2) y “no antagonista” (-2; -3), de manera que —dado el número limitado de casos— fue posible dicotomizarlas sin pérdida significativa de información. De esta forma, un 41 por ciento de los entrevistados quedó ubicado en el polo “antagonista” y un 59 por ciento, en el “no antagonista”.

CUADRO 2

TIPOS DE RAZONAMIENTO DE SENTIDO COMÚN, SEGÚN PERCEPCIONES DE LA HOMOGENEIDAD DE INTERESES Y DEL ANTAGONISMO SOCIAL

(en números absolutos y porcentajes)

	<i>Visión no antagonista</i>	<i>Visión antagonista</i>
Categoría	TIPO 1	— —
	(18 casos; 19% del total)	(2 casos)
Trabajo	TIPO 2	TIPO 4
	(18 casos; 19% del total)	(7 casos; 8% del total)
Pueblo	TIPO 3	TIPO 5
	(20 casos; 22% del total)	(30 casos; 32% del total)

3.3 La tipología

El cruce de las dos dimensiones examinadas arrojó los resultados que indico a continuación. Lamentablemente, tuve que descartar del análisis la

casilla “categoría”/“visión antagonista” porque incluía sólo dos casos. (Digo lamentablemente porque, desde un punto de vista teórico, no me parece una configuración desdeñable; en este sentido, encuestas basadas en una población más amplia que la aquí tratada deberían proporcionar datos suficientes para explorar este tipo.)

Establecer la eficacia de esta construcción plantea una doble exigencia: realizar un examen comparativo de los tipos que confirme que existen diferencias significativas entre ellos; y hacer un estudio pormenorizado de cada uno que revele hasta dónde sus razonamientos aparecen condicionados por las dimensiones que seleccioné.

Dados los objetivos de este trabajo, voy a limitarme, como dije, a resumir sobre todo algunos de los resultados que produjo el segundo modo de análisis. (Debo agregar que el examen comparativo también validó plenamente la tipología. Y digo “plenamente” porque sólo he trabajado con diferencias porcentuales fuertes y con correlaciones altas.)

3.4 *Tipo 1*

Para estos trabajadores, la sociedad aparece como un orden fáctico no problematizable; y esta naturalización de las relaciones sociales vuelve muy débil —y muy convencional— la imagen que se forman de ellas.

Sin duda, existen *los ricos y los pobres* (90 por ciento de las respuestas); pero ésta es una constatación que no implica antagonismo: los ricos han hecho su fortuna mediante el trabajo (o, en todo caso, gracias a la suerte) y no a costa de los pobres. De ahí que, para 3 de cada 4, la diferencia entre lo que ganan los patrones y los trabajadores resulte justa, por grande que ella sea: “Es la ley de la oferta y la demanda: el que ofrece su trabajo tiene que ganar menos que el que pone todo para que uno pueda recibir un salario”; “Los patrones se rompen la cabeza todo el año e invierten grandes capitales: por lógica tienen que ganar más”; “¿Qué quiere? El patrón es el dueño de la empresa. Tiene gastos, impuestos, y toda esa milonga hay que pagarla”; “Vea: yo no pongo nada y la empresa pone todo un capital que es enorme”.

Esta aquiescencia se sustenta en los lugares comunes de la cultura dominante pero, insisto, de un modo esquemático y escasamente elaborado, *que hace que estos encuestados tengan muy poco que decir cuando las preguntas se alejan de su experiencia inmediata para referirse a la sociedad en su conjunto*. Sin embargo, esto último no debe ser tomado como un índice de su eventual disponibilidad para otra clase de intervenciones ideológicas; se trata, más bien, del emergente de una *integración particularista* que le quita relevancia a esas cuestiones más generales: las cosas son como son y así hay que aceptarlas.

Quiero subrayar este aspecto de la *integración particularista* para que

no se la confunda con la mera "*aceptación pragmática*" del orden establecido de que habla Mann (1970) —esto es, con una subordinación inducida por la no percepción de alternativas. Guiados por su búsqueda de "datos duros", los enfoques positivistas —explícitos o implícitos— han tendido a reducir el problema del consenso a aquello de lo que los actores están en condiciones de hablar y respecto a lo cual pueden, entonces, manifestar o no su asentimiento. Desconocen en esta forma la función articuladora que cumplen las diversas reglas y prácticas constitutivas de la intersubjetividad, cuyos efectos integradores son tanto más sólidos justamente cuanto más sumergidas se hallan esas reglas y esas prácticas en el "inconsciente colectivo", esto es, cuanto más se naturalizan y menos afloran en la conciencia discursiva de los agentes. Por eso, la vaguedad de las opiniones sobre la sociedad puede ser el síntoma de una aceptación simplemente pragmática pero, también, de un fuerte consenso subyacente. (Recuérdese al carbonero que ponía furioso a Unamuno, ése que cuando se le preguntaba qué pensaba respondía: "lo que piensa la Santa Madre Iglesia"; y cuando se le preguntaba qué pensaba la Iglesia, respondía: "lo que pienso yo". Y de ahí no lo sacaban.)

Para validar la segunda posibilidad, basta advertir la nitidez y la coherencia con que se manifiesta el modo de integración a que aludo cada vez que el estímulo se dirige a las experiencias más inmediatas de estos trabajadores. La clave la proporciona su resistencia a la acción colectiva, que se vuelve rechazo absoluto (100%) a toda forma de violencia en los conflictos laborales o a cualquier intento de quitarle las fábricas a los patrones, incluso a aquellos que victimizan a sus obreros. En verdad, lo mejor que puede hacer un asalariado cuando no se le paga lo que corresponde es protestar ante el patrón (o, eventualmente, cambiar de empleo), pero no quejarse ante el sindicato o hacer huelga. En esto, las opiniones son tan explícitas como concordantes: "Hablando con el jefe, uno se entiende mucho más. Si hablan muchos, nadie entiende nada; y, por más que hable uno solo, después quieren meter la cuchara los demás"; "A mí me parece que es de gente educada y cortés arreglar las cosas de trabajo privadamente"; "Mire: uno tiene que ir a hablar solo con el patrón porque eso es una muestra de respeto y de ganas de trabajar"; "El obrero que está descontento tiene que cambiar de trabajo y no meterse a promover desórdenes"; "Con la protesta individual la empresa se da cuenta que no hay ningún propósito de violencia en las reclamaciones; si no, uno se vuelve caldo para los agitadores internacionales".

Por lo mismo, estos respondientes no expresan demasiada simpatía hacia los sindicatos: 9 de cada 10 consideran, a la vez, que éstos deben limitarse a tratar de mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y que han ayudado poco en este sentido. En cuanto a la huelga, la mayoría o está en contra (17 por ciento) o la juzga eventualmente útil, pero como instrumento de negociación y no como medio de lucha (44 por ciento); y a este

61 por ciento se suma un 17 por ciento más para oponerse a las huelgas en solidaridad con los obreros de otras empresas.

Lo dicho permite comprender algo que, si no, pudiera sonar paradójico: la menor coherencia general que presentan las opiniones de este tipo en comparación con las de los restantes manifiesta, precisamente, la consistencia de su integración particularista. Porque ésta acota, mucho más que en los otros casos, los dominios de relevancia que definen sus razonamientos de sentido común y los remite constantemente a un contexto inmediato de experiencias personales que, desde luego, no es homogéneo. ¿Implica esto que nos encontramos aquí ante una atomización no controlable de las orientaciones? Voy a mostrar brevemente que no; y que, en congruencia con mis puntos de partida teóricos y con la tipología presentada, también estas interpretaciones particularistas de la situación están, en principio, positiva o negativamente reguladas.

Porque lo que resulta significativo (y sirve para poner una saludable distancia con cualquier economicismo) es que componen este tipo, casi por partes iguales, encuestados que se hallan en procesos de movilidad *descendente* (44 por ciento) y *ascendente* (56 por ciento). Después de ser despedidos por FIAT y por Chrysler, el 75 por ciento de los primeros se vio forzado a refugiarse en ocupaciones inestables y mal remuneradas del sector servicios, mientras que el 90 por ciento de los segundos logró permanecer en la industria o pudo establecerse por su cuenta; de ahí que al momento de las entrevistas, el promedio de ingresos de estos últimos fuera superior en más de un 70 por ciento al de aquéllos. Tales datos objetivos se corresponden muy bien con las descripciones y evaluaciones que realizan los mismos actores: en un caso, todos dicen haber sido afectados por aquella cesantía, todos están descontentos con su trabajo actual, todos lo juzgan peor al que tenían y todos expresan su deseo de volver a las plantas automotrices; en el otro, un 70 por ciento manifiesta que el despido no lo afectó para nada, todos reputan bueno o muy bueno su trabajo actual, un 90 por ciento lo considera mejor al perdido y sólo un 30 por ciento estaría dispuesto a retornar alguna vez a FIAT o a Chrysler.

Pero, más allá de estas correspondencias, lo que importa advertir es la medida en que la integración particularista controla el modo en que estos encuestados se explican los cambios ocupacionales que han experimentado.

Sin duda, el tema no ofrece demasiadas dificultades para quienes se hallan en ascenso: un 70 por ciento afirma que el éxito en la vida depende del esfuerzo personal y, congruentemente, el 71 por ciento de ellos entiende que también los ricos han hecho su fortuna con base en el trabajo y el esfuerzo. No hay aquí disonancia aparente entre la propia experiencia y una visión progresista del orden social como sistema abierto al avance del individuo que trabaja y que no promueve conflictos: el 100 por ciento de estos respondientes tiene plena confianza en su futuro y niega que los trabajadores vivan distinto al resto de la gente; un 90 por ciento considera

que es muy fácil que el hijo de un obrero pueda cursar una carrera universitaria; un 80 por ciento define su situación económica como buena; un 70 por ciento distingue una clase media entre los ricos y los pobres —en la cual la mayoría (57 por ciento) no vacila en ubicarse a sí misma—; etcétera.

Pero, ¿qué pueden decir quienes están enfrentados a un proceso de movilidad descendente? Tres de cada cuatro reconocen el deterioro de su situación económica y la definen como regular o francamente mala: ¿cómo resuena entonces en este contexto la integración particularista? En su difundido estudio sobre los obreros del Rhur y aludiendo a sectores que presentan semejanzas con nuestro tipo 1, Popitz (1969: 287) sostiene que la satisfacción individual con las relaciones sociales es el requisito indispensable de una imagen de la sociedad como estructura ordenada. Se trata, sin embargo, de una hipótesis excesivamente simplista, que ignora por lo menos tres factores: uno, que los razonamientos de sentido común tienen una inercia que no es necesariamente vulnerada por los cambios en los niveles de satisfacción; dos, que esa misma inercia no va de suyo, sino que mantener la plausibilidad de las interpretaciones de sentido común es tan problemático como reproducir cualquier otro sistema cultural; y tres, que precisamente por eso tales interpretaciones disponen siempre de recursos —de mayor o de menor efectividad— que sirven para sellar sus límites (*cf.* Geertz, 1983: 80). En el caso que nos ocupa, todos los respondientes del subconjunto desfavorecido, salvo uno, echan mano del mismo argumento y, a diferencia de los otros, manifiestan que el éxito o el fracaso en la vida son una pura cuestión de *suerte*: en esta forma, que no les vaya bien se vuelve una desventura personal que no pone en cuestión las relaciones sociales. Pero ese argumento sería muy evidentemente *ad hoc* —y, por tanto, frágil— si se agotase en la propia experiencia; por eso, para el 71 por ciento de este contingente es también gracias a la suerte que los ricos han logrado hacer su fortuna.

Me referí antes a la mayor o menor efectividad del recurso compensatorio disponible. En este sentido, la apelación a la suerte aparece como un “sellador” congruente con la imagen poco elaborada de la sociedad que caracteriza a la integración particularista. Pero es un “sellador” débil: si alcanza para cerrar globalmente el horizonte de los razonamientos, no basta para impedir el desarrollo parcial de algunos de ellos. Es así que —seguramente proyectando sus propias preocupaciones pues todos tienen hijos— el 100 por ciento de este subconjunto considera muy difícil que el hijo de un obrero pueda acceder a una carrera universitaria; todos menos uno participan de una visión dicotómica de la sociedad, que dicen dividida en ricos y en pobres; la mitad se muestra escéptica respecto al futuro y piensa que los trabajadores viven distinto que el resto de la gente dados sus menores ingresos; etcétera. Más todavía: cuando se les pregunta si es mejor para los trabajadores que haya sindicatos poderosos o que haya bue-

nos patrones, todos estos respondientes —salvo uno— optan por los sindicatos mientras que todos los del subconjunto anterior —menos dos— eligen a los patrones.

Es decir que la integración particularista se puede refractar tanto en la imagen optimista de un orden que progresa como en la visión resignada de un orden estático, si bien esta última parece potencialmente mucho más vulnerable. Pero, en ambos casos, esa integración circunscribe el espacio en que se mueven y cobran sentido las opiniones de los entrevistados. De ahí que la mayoría de éstos digan no saber cuáles grupos sociales (de una lista que se les presentó) actúan con más frecuencia en contra de los intereses de los trabajadores; ni está corrientemente al tanto de las medidas de gobierno; ni expresa preocupación alguna porque se llame a elecciones. Las cosas son como son y así hay que aceptarlas. Por eso, los encuestados del tipo 1 no manifiestan ningún interés por la política y consideran innecesario que se forme un movimiento popular que defienda a los trabajadores —y esto en el contexto de una dictadura militar que había liquidado a los partidos políticos y a la que sólo uno de ellos se atreve a criticar.

Un 78 por ciento de estos entrevistados se dice peronista. Cuando se les muestran una serie de cartoncitos que ilustran a diferentes grupos sociales y se les pide que indiquen a cuáles de ellos defendieron los dos primeros gobiernos de Perón, un 85 por ciento de aquel subconjunto señala a los obreros. Sólo que esta mención pierde sentido si se la extrae del contexto más general de los razonamientos que vengo de exponer: los obreros a que se refieren son personas como ellos mismos pero no en tanto miembros de una clase o de un estrato sino en tanto *individuos* definidos por ocupaciones específicas. Perón ordenaba: “de casa al trabajo y del trabajo a casa”. Estos encuestados se identifican con quienes le obedecían y, a cambio de esto, se convertían en *receptores pasivos* de diversos beneficios. Es una permuta que se adecua perfectamente a su visión particularista del mundo: al preguntársele si preferirían que llegase al gobierno un poderoso partido de los trabajadores o un presidente que se ocupara de los problemas de los pobres, *todos* estos respondientes eligen sin vacilar la segunda alternativa. Por eso añoran el distribucionismo populista, especialmente a la luz de lo que vino después: “En la época de Perón había más trabajo y se ganaba para vivir bien”; “Los salarios tenían más valor y, por ejemplo, había más facilidades para hacerse una casa”; “El obrero nunca ganó mejor que en esa época”; “La gente ganaba buenos sueldos, la vida era más barata y la plata valía más que ahora”. La relevancia casi nula que asumen para el tipo 1 la acción colectiva y las cuestiones políticas, hacen claro que ese distribucionismo es concebido como la obra generosa de un líder y no como la conquista de un movimiento social. Adhesión a la figura de Perón, entonces; pero adhesión instrumental a su paternalismo, sostenida en el fondo por un cálculo de intereses. De ahí su relativa fragilidad: apoyada antes en una memoria “privada” que en una memoria “colectiva”,

seguramente su permanencia dependería más que en los otros casos de las ventajas concretas que pudiesen seguirse de un retorno del peronismo al poder. Por lo demás, se trata de una adhesión escasamente militante: que ese retorno se produzca o no aparece como un hecho ajeno por completo a la realidad de la "gente como uno". Y es mejor que sea así.

3.5 Tipo 2

Si bien las respuestas de estos entrevistados se aproximan con frecuencia a las del tipo 1 (recuérdese que ambas categorías coinciden en una visión no antagonista de la sociedad), la lógica que las gobierna no es la misma: aquí se trata menos de una integración particularista que de una *integración deferente*. La denomino así para señalar que son aplicables a este caso varias elaboraciones de la literatura sociológica inglesa acerca del *deferential worker* (véase Lockwood, 1966; Bulmer, 1975): por una parte, aparece una clara conciencia de que se pertenece al "mundo del trabajo"; y, por la otra, la integración implica un compromiso explícito de los encuestados "con un orden moral que legitima su propia subordinación" (Martin y Fryer, 1975: 98), de manera que sus opiniones sobre este orden son mucho más definidas que las del tipo 1.

Tales opiniones se hallan dominadas por una ética del esfuerzo y de la justicia. La sociedad está compuesta por los ricos y por los pobres, por los que tienen más y por los que tienen menos (90 por ciento de las respuestas, la mitad de las cuales identifica también una clase media); pero, en los dos casos, hay que hacer distingos.

a) Ante todo, los que tienen menos se dividen entre los que trabajan y los que no trabajan. Estos respondientes se definen orgullosamente como "trabajadores" y el 100 por ciento niega cualquier parecido entre sus problemas e intereses y los de los desocupados, diferenciación que para un 39 por ciento abarca también a los trabajadores ocasionales. En este sentido, dos lugares comunes parecen presidir sus razonamientos y condicionar sus interpretaciones. Por un lado, "el que se esfuerza sale adelante": no sólo dos de cada tres piensan así sino que manifiestan una firme confianza en el futuro, optimismo que está siempre referido al avance individual y no colectivo. Por otro lado, "no trabaja el que no quiere": únicamente un 23 por ciento admite que la desocupación pueda hallarse objetivamente en aumento. (Nótese cómo se percibe selectivamente un dato en apariencia tan "duro": desde posiciones geográficas y ocupacionales similares, entienden que crece el desempleo un 42 por ciento del tipo 3, un 83 por ciento del tipo 4 y un 66 por ciento del tipo 5. En esto, el porcentaje de respuestas del tipo 1 es aún más bajo que el del tipo 2: 12 por ciento. La distribución apunta claramente a un efecto de la dimensión "antagonismo social".)

b) Entre los que tienen más, están quienes se lo mercean y quienes no. Los primeros son mayoría y, por eso, ni la figura del "rico" suscita oposición por sí misma ni las relaciones entre patrones y asalariados se conciben como un juego de suma cero. Para dos de cada tres, las diferencias entre lo que ganan unos y otros son justas; pero las razones son distintas a las que daba el tipo 1 porque, congruentemente con lo que vengo de indicar, giran aquí en torno al *logro*: "Los patrones estudiaron y saben más que uno"; "Tienen muchas más responsabilidades"; "Les corresponde por la jerarquía, por la instrucción, por el estudio"; "Ellos ponen todo el esfuerzo"; "La verdad es que el patrón trabaja más horas que yo"; "Fíjese: ellos ponen el capital y se rompen la cabeza para que dé ganancias; yo trabajo mis horas, me voy y chau". Vale decir que hay respeto hacia los "buenos" patrones (como afirma textualmente un encuestado: "Son los proveedores de trabajo. Por lo tanto, no se debe fustigarlos para enfrentarlos con los obreros"); y esto explica que sea unánime el rechazo a quitarles las fábricas a sus dueños. Pero, por eso también, la actitud cambia cuando se modifica el estímulo: un 44 por ciento entiende que sí hay que quitarles las fábricas "a los patrones que se niegan a respetar los derechos de los trabajadores".

Según se advierte, los razonamientos de estos respondientes operan sobre pares de oposiciones: trabajador/no trabajador, buen patrón/mal patrón, etcétera. Esto da la clave para comprender mejor algunos de sus juicios más generales. Así, la mayoría (61 por ciento) identifica a los capitalistas extranjeros como el grupo que obra con más frecuencia en contra de los intereses de los trabajadores; y un 50 por ciento menciona también a los grandes terratenientes. Por cierto, acude de inmediato a la mente el discurso oficial peronista "antiimperialista" y "antioligárquico"; sin embargo, no hay ningún motivo para suponer que esta categoría haya estado más expuesta a él que las restantes. Sucede, más bien, que estos entrevistados no definen sus intereses en términos de "categoría social" o de "clase", sino por referencia a un orden nacional, a un bien común que amenazan "los de afuera". No es una constatación "ad hoc": los aludidos estudios europeos sobre el *deferential worker* han detectado la misma pauta (cf. Lockwood, 1975: 18). Sólo que aquí, "los de afuera" incluyen, además de los capitalistas extranjeros, a los representantes del pasado oligárquico argentino: ambos grupos son percibidos como "lo otro" de la moderna sociedad urbana-industrial de la que estos trabajadores se sienten parte legítima. Resulta sintomática una de las respuestas a la pregunta sobre qué habría que hacer con esos sectores: "¿Sabe qué? Tratar de dejarlos al margen...". En este sentido, casi todas las opiniones confirman, a la vez, su apego al orden justo y la necesidad de protegerlo legalmente: "Hay que obligarlos a que ayuden a los demás grupos"; "El gobierno tendría que hablarles y hacerles ver que lo más necesario es dar trabajo bien pago a la gente"; "Hay que ponerlos en vereda y, si no hacen caso, mandarles gente del

gobierno para ver qué hacen con sus ganancias”; “Hay que obligarlos a colaborar en el desarrollo de las riquezas del país”; “¿Qué habría que hacer? Ajustarles las riendas, aunque no sé bien cómo”.

Esta lectura en términos de la oposición entre un “adentro” y un “afuera” permite despejar dos incoherencias aparentes:

1) Pese a lo expuesto, un 77 por ciento de estos encuestados considera que las compañías extranjeras ayudan al desarrollo del país. Pero, en este caso, el referente son las inversiones manufactureras: en tanto industriales, son ubicadas en el interior del modelo nacional antes descrito; en tanto extranjeras, hay que cuidar que no entren en conflicto con ese modelo. Si ésto ocurriese, la solución no sería expropiarlas (sólo un respondiente propone la nacionalización) sino, nuevamente, tenerlas bajo control.

2) Pese a su visión general no antagonista, un 56 por ciento opina que habría que expropiar a los terratenientes. Pero es que no sólo quedan éstos fuera del modelo sino que resulta injusto que haya grandes campos en manos de un solo dueño mientras existen trabajadores rurales que carecen de tierras. Por eso es claro el objetivo de la expropiación: distribuir los campos entre esos trabajadores.

La integración deferente facilita el conformismo porque limita el horizonte de las expectativas: en su amplia mayoría, estos entrevistados están satisfechos con su trabajo y contentos con su suerte, lo que para muchos de ellos no excluye sino que implica un reconocimiento de la condición obrera (un 44% dice que podría individualizar a un obrero fuera de la fábrica; y esto por la manera de vestir y de actuar). Desde luego, quieren progresar: todos desean llegar a establecerse por su cuenta pero, lo que es aún más importante, más de 2 de cada 3 (69%) creen que, esforzándose, hay probabilidades de que consigan hacerlo. Por lo demás, ocurre una adaptación realista a la situación: así, por ejemplo, los que no tienen hijos se permiten ser más optimistas y piensan que el hijo de un obrero puede llegar fácilmente a la universidad; en cambio, los que tienen hijos consideran que esto último es muy difícil pero, entonces, sólo aspiran a que los propios completen los estudios secundarios.

Como en el caso del *deferential worker* (ver Martin y Fryer, 1975: 105-107), hay un apoyo de índole instrumental a la huelga (89%) y al sindicato (78%) y a la negociación colectiva en el lugar de trabajo (50%). De ahí, por ejemplo que sólo a veces convenga participar en huelgas de solidaridad con los trabajadores de otras empresas (56%). En cuanto a los sindicatos, si bien dos de cada tres respondientes opinan que no han contribuido demasiado a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, esto no se debería a las fallas de los dirigentes —que son percibidos como representantes genuinos de los afiliados (71%)— sino a que estas entidades, lo mismo que otras organizaciones representativas, han ido perdiendo poder (72%) dada la represión militar (62%). Hago estos señalamientos porque me parece probable —y coherente con el tipo— que, en

contextos menos represivos, se intensifique considerablemente su adhesión a la acción colectiva en la medida que ésta sea no violenta y se dirija a resolver sus problemas inmediatos.

Tal observación se corresponde con otra: si, a semejanza del tipo 1, ninguno de estos encuestados se interesa mucho por la política (“para eso están los políticos”, “con eso no se vive”), a diferencia de aquel tipo, por lo menos un 50% desea que se reestablezca en el país la democracia constitucional. Más aún: únicamente un 22% opina que no es indispensable que exista un movimiento político popular que defienda los intereses de los trabajadores; y esto no porque juzgue innecesaria esta defensa sino porque considera que ya la realizan los sindicatos. Interrogados los restantes por la eventual composición de ese movimiento, sus respuestas son consistentes con la imagen general que vengo de esbozar: tendría que estar formado por los obreros (100%), por los empleados (89%) y por los trabajadores rurales (78%) —a los cuales un 67% de las menciones añade los estudiantes y los pequeños empresarios industriales.

Al igual que ocurría con el tipo 1, un 78% de estos encuestados se declara peronista. Pero son otros los aspectos del peronismo que más notan y que más les atraen: simpatizan con un partido del progreso, que aparece encarnando la modernización urbana y el desarrollo de la industria nacional. Por eso es natural que los primeros gobiernos peronistas buscasen principalmente su apoyo en los trabajadores de la ciudad, esto es, en los obreros (100%) y en los empleados (93%). En esa época se estaba mejor porque crecía el país, había más empleos y aumentaban las remuneraciones al tiempo que, a través del peronismo, el mundo del trabajo se incorporaba a la política. Éste es un punto importante: el canal de la incorporación era un *partido*; y es importante porque la adhesión del tipo 2 expresa sobre todo sus preferencias electorales en un contexto constitucional, antes que la lealtad emocional a un líder o a un movimiento. (De ahí que, para casi un 50%, la visión no antagonista de la sociedad sea compatible con el deseo de que llegue al gobierno un poderoso partido de los trabajadores y no un presidente de los pobres.) En congruencia con sus orientaciones más generales, los juicios de estos respondientes resultan así más realistas y matizados: “Bajo Perón se estaba mejor aunque, la verdad, yo lo mismo tenía que trabajar”; “En la época de Perón todo era más parejo, sin ser un gobierno perfecto”. Peronismo de partido, entonces, de mayor solidez aparente que el del tipo 1 pero de menor intensidad que el de los restantes. Es que, como siempre, los razonamientos del tipo 2 rechazan los extremos.

3.6. Tipo 3

En términos generales, este tipo constituye una manifestación bastante clara de lo que corrientemente se denomina la *conciencia económica-corporativa*. Sólo que, contra lo que han sostenido algunos esquemas evolucionistas que imaginan un continuo lineal desde la “clase en sí” hasta la “clase para sí”, no se trata de un discurso transicional y más o menos inestable, que resulta accesible a intervenciones ideológicas que busquen radicalizarlo. Por lo menos en los casos que aquí examino, sus razonamientos se integran de una manera relativamente sólida y congruente y presentan una complejidad mayor que la de los tipos anteriores.

Por lo pronto, se organizan en varios registros distintos, por referencia a los cuales se configuran sistemas de relevancias más o menos autónomos aunque articulados.

a) En primer lugar, si la mitad de estos respondientes dividen a la sociedad entre ricos y pobres, todos los demás (menos uno) diferencian entre una clase alta, una clase media y una clase baja. Pero lo que está en juego en ambos casos es más un esquema funcional que un *esquema de gradación* (ver Ossowski, 1963): su referente es un orden jerárquico y no antagonista, compuesto por sectores cuyas actividades se hallan orgánicamente integradas. Prevalece una lógica de las diferencias, no de las oposiciones: por eso, a este nivel muy general, todos consideran que el conjunto de los “pobres” o de la “clase baja” —el pueblo— tiene problemas e intereses parecidos. (Esta conciencia de las diferencias hace, por ejemplo, que sean minoría quienes creen no poder reconocer a un villero fuera de la villa [32%] o a un obrero fuera de la fábrica [42%].)

b) El segundo registro es menos abstracto; mientras la mayoría de los tipos 1 y 2 se autoidentificaba como “trabajadores”, el 70% de estos entrevistados se define explícitamente como “obreros”, esto es, como un subconjunto específico dentro del conjunto general de la “clase baja” (o de los “pobres”). En tanto tales, su órgano de representación por excelencia son los sindicatos que no deben encargarse de hacer política sino de mejorar las condiciones de vida de sus miembros (85%) y que han ayudado mucho en este sentido (50%). Volveré en un momento a este tema. Por ahora quiero subrayar lo siguiente: la orientación fuertemente corporativa de este tipo es la que hace compatibles su visión global no antagonista y su alta tendencia a la reivindicación económica. Es que, desde esta perspectiva, los diversos sectores sociales deben organizarse según las funciones que cumplen y resulta legítimo que cada uno de ellos ejerza todas las presiones necesarias para consolidar y para hacer avanzar su posición. De ahí que estos trabajadores sean partidarios convencidos de la acción colectiva frente a la patronal pero siempre en el marco de una negociación no violenta de los intereses respectivos (70%). Es claro que, en la Argentina

de 1970, habían sido puestos públicamente en cuestión tanto la mecánica como los logros posibles del conflicto institucionalizado: para el 85% de estos encuestados es evidente que los sindicatos han perdido poder y por eso buena parte de su escepticismo acerca del futuro inmediato.

c) Es lo que reflejan sus razonamientos sobre las circunstancias concretas en que viven. Aquí es ilustrativo el cotejo con el conformismo optimista del tipo 2, especialmente para destacar que se trata de interpretaciones distintas de realidades similares: no sólo son análogas sus condiciones de trabajo sino que, en todo caso, el promedio de ingresos del tipo 3 es superior al del tipo 2. Sin embargo, el 60% del tipo 3 considera que su situación económica no es buena, frente al 44% del tipo 2; un 83% del tipo 3 dice no ganar lo que merece, frente a un 67% del tipo 2; un 10% del tipo 3 confía en recibir mejoras si aumentan las ganancias de la empresa en que trabaja, frente a un 54% del tipo 2; un 50% de los miembros del tipo 3 que desean establecerse por su cuenta piensa que es imposible lograrlo, frente a un 23% del tipo 2; etcétera. Pero debo insistir: esta insatisfacción del tipo 3 se debe, sobre todo, a una acumulación coyuntural de demandas que no encuentran una expresión adecuada y no a un cuestionamiento genérico del orden establecido. Así, para el 85% las relaciones entre patrones y obreros son un juego de suma positiva y sólo uno de cada tres considera que es injusta la diferencia entre lo que ganan aquéllos y éstos. Es más: ese 85% cree que el hijo de un obrero, si es inteligente, puede llegar con facilidad a recibirse de abogado o de ingeniero. ¿Cómo se combina este juicio global con el escepticismo inmediato a que vengo de aludir? Mediante una relación de incertidumbre: con expectativas casi idénticas acerca del nivel de estudios deseado para los propios hijos, donde el 80% del tipo 2 piensa que éstos tienen muchas posibilidades de alcanzarlo, 2/3 de aquel 85% del tipo 3 responde, simplemente, que no sabe.

Me importa retornar al segundo de los registros que antes describí pues la orientación corporativa de estos entrevistados le otorga un papel central en sus razonamientos. Tanto es así que, interrogados por los grupos que actúan con más frecuencia en contra de los intereses de los trabajadores, la conciencia del conflicto inmediato recorta de manera unánime sus respuestas: los grandes industriales. Esto no quiere decir que haya que quitarles las fábricas (5%), salvo a aquéllos que violen sistemáticamente los derechos obreros (80%). Significa, en cambio, que hay que enfrentarlos con sindicatos fuertes. Éstas son las únicas organizaciones idóneas; por eso, como ya existen, se vuelve innecesaria la formación de un movimiento político popular que defienda a los trabajadores (70%). Y aquí aparece un tema de importancia que los *clichés* habituales sobre el populismo suelen no dejar ver: *justamente porque es tan alta la implicación sindical de estos respondientes, también son altas sus exigencias respecto al desempeño de los sindicatos*. En este sentido, su sensibilidad ante la posible corrupción de los dirigentes en un mundo gobernado por el conflicto de intereses se

manifiesta de dos maneras: por una parte, un 54% opina que la honradez de los delegados es un atributo más importante que la instrucción; y, por la otra, un 55% reconoce que, en la Argentina de 1970, lo que parece mover sobre todo a los representantes sindicales es la ambición personal.

Con lo que llegó a un punto muy significativo. Mientras que, como se vio, la mayoría del tipo 2 atribuía la pérdida de poder de los sindicatos a la acción del gobierno militar, para un 65% del tipo 3 la principal responsabilidad les cabe a los propios dirigentes obreros: "Se la pasan negociando con el gobierno"; "Ahora los dirigentes se disfrazan de importantes para poder andar por los pasillos de los ministerios"; "Ya nadie les cree a estos sindicalistas porque siempre hacen sus negocios"; "Los delegados se arreglan con los patrones y el sindicato central ni llega a enterarse de los problemas"; "En este momento no hay dirigentes que respondan a las necesidades de los obreros"; "Mire, los sindicatos están entregados a la patronal"; "Si la gente no los apoya es porque ellos no actúan bien"; "Los obreros están cansados de las idas y vueltas de los sindicalistas y, al final, tienen que buscar los arreglos por su lado".

Sólo que, repito, se trata de un cuestionamiento que cobra sentido en el interior de un discurso corporativo. Esto no le quita intensidad pero establece sus límites y bloquea cualquier impugnación de un orden social que se vive como destino inevitable. De ahí la total irrelevancia de la política para 9 de cada 10 de estos trabajadores, un 82% de los cuales dice no mantenerse para nada informado de las medidas del gobierno ni tener interés alguno en que se restablezca la democracia constitucional. (No parece casual que hayan quedado claramente comprendidos en este tipo dos memoriosos trabajadores de origen italiano. Dice uno: "Mi familia era fascista y yo no cambié: en Italia, nos gustaba Mussolini; en Argentina, me gusta Perón". Y explica el otro: "Con los grandes industriales, con los comerciantes y con los militares hay que hacer lo mismo que hizo Mussolini: hay que meterlos en sindicatos y de esa manera se los puede manejar". Desde luego, no se sigue necesariamente de estas referencias que todos los trabajadores del tipo 3 sean fascistas o proto-fascistas; pero, más allá de la anécdota, previenen otra vez contra la tentación de incluir esta categoría en esquemas lineales, tal como ya indiqué al comienzo de su análisis.)

Todos estos entrevistados se manifiestan peronistas; y todos coinciden también, en identificar al principal sector representado por Perón: los obreros. Es una interpretación que remite con nitidez a las orientaciones corporativas que vengo de reseñar: el peronismo significa sobre todo un movimiento que tiene por eje a los sindicatos y que, de esta manera, ha servido para aumentar sustancialmente su eficacia reivindicativa frente a los patrones y, en especial, frente a los grandes industriales. La imagen se ajusta a la idea de "comunidad organizada", elaborada por Perón y difundida por el justicialismo: en esta visión organicista, el peronismo asume la representación funcional de los trabajadores sindicalmente orga-

nizados y se ocupa de satisfacer sus demandas, negociando en su favor el conflicto industrial. Así fue, y, presumiblemente, así volverá a ser; entretanto, una coyuntura adversa lleva a añorar fuertemente las ventajas de que gozaban los obreros cuando Perón estaba en el gobierno y los dirigentes sindicales eran menos corruptos. Es que esta percepción selectiva del fenómeno peronista está lejos de quitarle intensidad a la adhesión; por el contrario, y en sus términos, estos trabajadores son peronistas firmemente convencidos.

3.7. *Tipo 4*

Las opiniones de estos respondientes son, en general, más elaboradas que las del resto, lo que puede deberse, por lo menos parcialmente, a su mayor educación: el 70% cursó estudios secundarios frente al 35% de los demás. (Su mediana de edad es también más alta: 34 años; la de los otros: 30 años.) Pero sus razonamientos tienden a segmentarse en dos sistemas de significación principales que es importante distinguir pues, si no, se corre el riesgo de considerar inconsistente aquello que, desde su perspectiva, corresponde a un área de relevancia distinto. El primer sistema concierne a sus experiencias personales, dominadas por un proyecto de movilidad individual relativamente exitoso; el segundo, a su visión antagonista de la sociedad en su conjunto. Según el problema que se trate, las respuestas se sitúan en uno u otro campo; allí donde podrían entrar en contradicción, suele prevalecer el primero; y ambos se integran, como veremos, en lo que cabe denominar su “reformismo parlamentario”.

Todos tienen una imagen tricotómica de la estructura social: los ricos, la clase media y los pobres. Pero, a diferencia de lo que ocurría con el tipo 3, esta imagen remite a un esquema de gradación y no a uno funcional; esto es, a un sistema de estratificación que se ordena claramente en términos de la variable ingresos. (Sin duda, hay implicación personal en el espacio conferido a la clase media: aunque sólo dos de estos siete encuestados se autodefinen explícitamente como miembros de ella —y el resto como trabajadores— seis colocan en su misma clase, además de los obreros, a los empleados y a los estudiantes.)

La aludida imagen tricotómica connota, sin embargo, dos principios clasificatorios distintos. El primero es cuantitativo y hace a las diferencias de ingresos entre los pobres (o la clase baja) y la clase media. Reencontramos aquí lo dicho sobre el tipo 2: los pobres se dividen entre los que no trabajan y los que trabajan; estos últimos forman, con la clase media, el “mundo del trabajo”, en cuyo interior hay posibilidades de movilidad basadas en el esfuerzo (70%). El otro principio clasificatorio es cualitativo y separa al “mundo del trabajo” del “mundo de los ricos”: éstos han hecho

su fortuna explotando a los trabajadores y son ellos los culpables de que haya pobres (100%).

En el plano de las experiencias inmediatas, sólo uno de estos encuestados está descontento con su trabajo y dice que su situación económica no es buena: el tono general es de satisfacción con los **logros individuales** y de confianza en el propio futuro. Éste constituye, precisamente, el campo de relevancias en que cobran sentido respuestas que, a primera vista, parecerían inconsistentes con sus razonamientos de mayor nivel de generalidad: ante una injusticia en el lugar de trabajo, el 71% no opta ni por una actitud pasiva ni por un recurso al sindicato sino por la queja personal ante el patrón; e, incluso, ante una pregunta más abarcadora sobre las relaciones laborales, esos entrevistados consideran que el método de acción más eficaz es la negociación individual.

Tanto su proyecto de movilidad como su imagen de la estratificación concurren a que estos respondientes sean mucho más sensibles que los restantes a las diferencias sociales. Primeramente, no sólo todos menos uno piensan que sus problemas e intereses son distintos a los de quienes habitan "villas miseria" sino que creen poder reconocer por la calle a estos últimos debido a su "manera de actuar": se trataría, en una palabra, de los pobres que no trabajan, de los *undeserving poor*. Después, la mayoría considera que los trabajadores como ellos (los *deserving poor*) viven distinto al resto de la gente por razones económicas —"los trabajadores ganamos menos que los demás"; "el dinero lo es todo y otras personas ganan más"; "la diferencia es económica". (Para evitar confusiones, uno de los entrevistados se ocupa previsiblemente de aclarar: "Eso sí. Hay dos tipos de trabajadores: los que tienen ambiciones y los que no las tienen...". La referencia dominante a la escala de ingresos como criterio de estratificación está en la base de otra certidumbre: todos menos uno afirman que sabrían distinguir a un obrero fuera de la fábrica; y esto por un indicador de consumo: "la forma de vestir".)

En cambio, en sus razonamientos sobre la movilidad se disocian nítidamente el proyecto personal y la visión antagonista del contexto más amplio. Todos estos entrevistados menos uno opinan que es muy difícil que el hijo de un obrero llegue a recibirse de médico o de abogado, aunque sea inteligente. Esto, en lo que concierne a la sociedad en general. Pero los seis respondientes con hijos ambicionan para ellos una carrera universitaria; y cinco están convencidos que tendrán muchas posibilidades de completarla sin dificultades aunque cuatro de ellos participan de aquella imagen pesimista de la movilidad.

La actitud hacia los sindicatos es similar a la del tipo 2: positiva, instrumental, pero lejos del nivel de implicación del tipo 3. Y, como aquél, atribuyen su menor poder actual a la represión.

He venido insistiendo en la segmentación que ocurre en los juicios de estos encuestados según se trate de sus experiencias inmediatas o de sus

percepciones globales. Para ponerlo en términos más clásicos, aparecen definiéndose, a la vez, como *individuos* y como *ciudadanos*. En tanto individuos, su sentido común les indica —y así lo dicen— que “cada uno debe pelear por su interés”; y en este plano, como se vio, consideran que les está yendo bien y su propensión a la acción colectiva es relativamente baja. Esto inhibe una mediación propiamente clasista entre este nivel y su conciencia de los antagonismos sociales pero es compatible, en cambio, con su fuerte identificación como *ciudadanos*, partidarios de un proceso de cambio nacional, popular y no violento.

Ante todo, 6 de estos 7 trabajadores manifiestan interés por la política y los 7 tratan de estar al tanto de las medidas de gobierno. Más aun: 4 de los 7 han estado o están afiliados a partidos políticos (2, al Justicialismo —según la denominación que eligen—; 1, al Partido Socialista Argentino, del que fue tesorero en su distrito por 11 años; y 1, a la Unión Cívica Radical del Pueblo, en cuyo nombre se desempeñó como fiscal de mesa electoral). Resulta congruente, entonces, que el primer obstáculo que reconocen a su voluntad de cambio sea institucional: todos desean que se reestablezca la Constitución; y, por lo mismo, es unánime su rechazo a los militares, que han usurpado el poder y que nunca deberían volver a ocuparlo.

El segundo obstáculo es social: para todos, los enemigos de los trabajadores son los terratenientes, los capitalistas extranjeros y los grandes industriales. Acerca del camino a seguir con los dos primeros sectores no existen dudas: es necesario liquidar los latifundios y entregarles las tierras a los trabajadores rurales; y hay que oponerse a la penetración de las compañías extranjeras pues impide el desarrollo del país. Lo que llamé el “reformismo parlamentario” del grupo matiza, en cambio, su opinión sobre los grandes industriales: sólo hay que expropiar las fábricas de quienes no respeten los derechos de los trabajadores; y en este caso sí, hay que ponerlas en manos de estos últimos.

¿Quién deberá ser el motor de las transformaciones? Un movimiento político popular que represente al “mundo del trabajo”. Se trata, por lo tanto, de un frente amplio que deben integrar los obreros, los empleados, los trabajadores rurales, los pequeños industriales, los pequeños productores rurales y los estudiantes. Y, abonando su confianza en los cambios legales, la mayoría de estos respondientes considera que es probable que tal movimiento se constituya y que tenga éxito.

Sólo tres de estos siete entrevistados se dicen peronistas (y dos de ellos estuvieron afiliados). Aunque, desde luego, esto impide cualquier generalización, es interesante advertir que su identificación no es corporativa ni movimientista: son ciudadanos —trabajadores que desean la normalización institucional para poder votar por el partido del pueblo —nacionalista, antioligárquico y antiimperialista. Por eso, puestos a elegir, los tres prefieren que gane poder un gran partido de los trabajadores y no los sindicatos o un presidente de los pobres. Se acercan en esto al tipo 2; y, como en su

caso, el apoyo al peronismo no es incondicional: “En la época de Perón se estaba mejor porque se pagaba más a los obreros. Pero hubo muchos que se abusaban y que no trabajaban o se hacían los enfermos”. Rechazo de la corrupción, afirmado —como ya se vio— en la reivindicación orgullosa del mundo del trabajo, que incluye a la clase media. Para estos encuestados, el peronismo aparece, sobre todo, como la expresión nacional del socialismo reformista —tema que, desde luego, estuvo muy presente en la prédica del propio Perón.

3.8. Tipo 5

No sólo las respuestas de estos trabajadores (que constituyen 1/3 del conjunto) son más “clasistas” que las del resto sino que, en general, sus razonamientos tienden a estar permeados por una visión fuertemente antagonista de la sociedad.

Dos de cada tres perciben a esta última en términos dicotómicos; para un 87%, los ricos tienen la culpa de que haya pobres; y para un 93%, todo lo que va en favor de los patrones, va en contra de los trabajadores. Como indiqué al presentar la tipología, “la gente como uno”, “los de abajo”, suponen aquí una tipificación muy amplia que comprende a los trabajadores de la ciudad y del campo, industriales o no, con empleo o sin él. Más aún: en contarste con la mayoría de los otros entrevistados, un 70% del tipo 5 incluye en la tipificación a los habitantes de “villas miseria”. Y el tono de sus razones es suficientemente ilustrativo: “Son gente que trabaja igual que uno, pero como vinieron de afuera sin casa no se pueden acomodar”; “Son obreros como los demás pero más acorralados porque vienen del interior y la plata no les alcanza para nada”; “Vea: necesitan vivienda y salario como uno; quiere decir que dependen de lo mismo que uno”; “En general, los problemas de la gente de trabajo son muy parecidos. Y los villeros son gente de trabajo como todos”; “Claro que tenemos problemas muy parecidos porque ellos son todos trabajadores también. La diferencia está en que, por ahí, a la gente de las villas les importa menos lo que pasa a su alrededor y así nunca van a solucionar su problema”.

Este último señalamiento apunta hacia una observación general que ya hice y sobre la que quiero insistir: la tipificación recién aludida designa a un agregado *homogéneo* en la medida en que está compuesto por trabajadores que tienen problemas e intereses parecidos frente a quienes no lo son, esto es, frente a los ricos que los explotan; pero en el interior de este agregado hay diferencias y no todos los miembros son *iguales* entre sí. Por eso sería erróneo concluir que nos hallamos, simplemente, ante una vaga autoidentificación *populista* del tipo 5: por el contrario, el 70% de estos respondientes se definen con toda nitidez como “obrerros” y tienen una

clara conciencia del lugar específico que ocupan entre "los de abajo". Es más: aparece entre ellos un reconocimiento de la "condición obrera" que no se da en esta forma en ninguno de los otros tipos.

En este sentido, sus razonamientos operan casi siempre con un código de *atributos*, de lo que unos tienen y otros no; y contrastan con las referencias a *variables*, a escalas de ingresos o de consumos, que apunté como centrales en el caso del tipo 4. Aquí lo dominante es la idea de un corte, de una oposición no negociable entre el mundo de la riqueza y del privilegio y el mundo del esfuerzo y de las privaciones. La mayoría opina que los trabajadores como ellos viven distinto que el resto de la gente; y sus explicaciones coinciden: "La diferencia está en que nosotros nos la pasamos trabajando y no podemos levantar cabeza"; "Los trabajadores tenemos que agachar el lomo y ni siquiera podemos hacer lo que nos gustaría"; "Unos tienen mucha plata pero, en cambio, el obrero si no trabaja no puede vivir"; "La mayoría es clase trabajadora y hay nada más que un 10% de gente que vive muy bien"; "Los trabajadores no se pueden dar los mismos lujos que los ricos"; "Los trabajadores se tienen que privar de muchas cosas que no son lujos ni comodidades"; "La diferencia está en el factor económico: el resto consume y ostenta y el obrero no"; "Los trabajadores estamos siempre rodeados de problemas"; "Vivimos distinto que el resto porque el resto son los ricos, que pueden darse todos los gustos"; "La diferencia está en la plata: hay algunos que tienen auto pero yo no tengo"; "La verdad es que a los trabajadores nunca nos alcanza para vivir bien".

¿Podría reconocer a un obrero por la calle o en el colectivo? Otra vez, la mayoría piensa que sí; y, otra vez, el tema es el clivaje. En la mitad de los casos, las respuestas son uniformes y proyectivas: "*lo reconocería porque es igual a mí*". Las restantes vuelven a aludir a atributos: "por los rasgos"; "por el aspecto"; "por las manos, por el físico, por la cara"; "porque los obreros vamos siempre con un paquete debajo del brazo, llevando la ropa o la comida". Pero, en cambio, corroborando *a contrario* la disparidad entre sus sistemas de relevancias, donde casi todos los entrevistados del tipo 4 decían ser capaces de individualizar a un villero fuera de la villa, el 87% del tipo 5 no cree poder hacerlo.

Entre todos los respondientes, éstos son los menos implicados en el medio profesional de trabajo; los que más unánimemente juzgan que un buen empleo se define sólo por el salario y por los beneficios sociales; y los más informados acerca de cuánto pagan otras empresas por trabajos similares a los suyos. Pero este economicismo no connota integración o proyecto de ascenso individual sino sobre todo hostilidad, rechazo de un orden con el que el único nexo posible es la venta de la propia fuerza de trabajo. La mayoría (54%) considera que su ocupación actual no es buena y que no se le paga lo que corresponde; más todavía: un 84% dice que no gana lo que merece. Apenas un 16% de los asalariados de este tipo cree que sus patrones se preocupan en algo por sus intereses,

frente al 60% del tipo 1 al 83% del tipo 2; al 70% del tipo 3; y al 75% del tipo 4. Indicador de descontento, nueve de cada diez desearían establecerse por su cuenta pero, significativamente, el 81% opina que es una aspiración que nunca podrán cumplir. Y, para que no queden dudas, sólo 1 de estos 30 entrevistados describe su situación económica como "buena".

Previsiblemente, 4 de cada 5 sostienen que la diferencia entre lo que ganan ellos y sus patrones es tan grande como injusta. Pero interesa comprobar cómo vuelve a repetirse un mismo tema: "Los patrones viven muy bien y nosotros tenemos que trabajar nada más que para poder mantener la familia"; "Para mí, el patrón no tendría que ganar sobre la mano de obra"; "Aquí todo es para los capitalistas y eso no puede ser"; "Los patrones no tienen contemplación con la gente que les hace ganar plata"; "Habría que repartir las ganancias en forma pareja para que no haya explotación"; "Los patrones se hacen ricos a costillas de los obreros"; "No hay razón para que los que tenemos la responsabilidad del trabajo manual nos quedemos siempre con el pedazo más chiquito"; "Es injusto porque el patrón debería ganar como nosotros o nosotros como él".

Ante una injusticia sufrida en el lugar de trabajo, la amplia mayoría de los otros tipos se inclinaba por no hacer nada, por cambiar de empleo o —menos— por la queja personal ante el patrón: casi la mitad del tipo 5 sostiene, en cambio, que las únicas alternativas válidas son el recurso al sindicato y, eventualmente, a la huelga. Por lo que concierne a las relaciones laborales en general, tres de cada cuatro indican a la negociación colectiva como el método de acción más eficaz. Y cuando se les pregunta, entonces, cuál es *menos* eficaz como método, la gestión individual o la protesta violenta, dos de cada tres señalan a la gestión individual. Una proporción similar (la más alta de todos los tipos) afirma que la huelga es el mejor medio de acción que tienen los trabajadores; y sólo un 10% descarta la conveniencia de embarcarse en huelgas de solidaridad con los trabajadores de otras empresas.

En cuanto a los sindicatos, más de un tercio de estos encuestados manifiestan que, aparte de ocuparse de mejorar las condiciones de vida de sus afiliados, deben intervenir en política; y la mitad entiende que han ayudado mucho a los trabajadores, aunque casi todos (87%) saben que han perdido poder. ¿A qué se debe esto último? Testimonio de una conciencia reivindicativa que se sustenta en la identidad obrera, la mayoría (58%) responsabiliza menos al gobierno que a los mismos sindicatos. Como se recordará, otro tanto ocurría con los entrevistados del tipo 3; pero mientras para estos últimos el principal problema era la corrupción de los dirigentes, los respondientes del tipo 5 tienden a un planteo más político de la cuestión: "los sindicatos se han ido desgastando en la lucha, solos, sin apoyo"; "están desunidos y cada cual tira para su lado"; "han hecho muchas macanas y la gente ya no cree en ellos"; "perdieron la confianza

del obrero porque no hacen las cosas como deberían"; "el problema es que no se unen nunca y por eso están como están"; "ahora no tienen fondos para poder aguantar una huelga"; "lo que pasa es que tiene que haber una CGT única: los intereses de los obreros son siempre iguales, así que si la CGT los representa en serio, también debe ser una sola".

La política es un área de relevancia tan significativa para los razonamientos del tipo 5 como para los del tipo 4. (Más aún: la mayoría de estos entrevistados [60%], a diferencia de todos los restantes, considera que la política y los asuntos de gobierno *no* son tan complicados como para que la gente común no pueda entenderlos.) Pero donde el optimismo reformista del tipo 4 alimentaba un fuerte interés por el retorno al régimen electoral (71%), en 3 de cada 4 respondientes del tipo 5 (77%) domina un escepticismo hostil: "Mire, de política ni siquiera quiero hablar: el voto ahora es absolutamente inútil por la proscripción; "¿Qué quiere que le diga? El voto es una patraña para distraer al pueblo"; "Las elecciones no sirven para nada porque a los peronistas no nos dejan votar". Se trata, entonces, de un repliegue realista, no de despreocupación: "De acuerdo a la política es como marcha el país; claro que ahora la pintan tan complicada que parece que la hicieran solamente para ellos"; "La política es el armazón de todas las cosas"; "A mí me importa la política porque me gusta saber dónde estoy parado"; "¿Quiere que le diga por qué me interesa la política? Porque es lo principal para el hombre que trabaja, para poder descubrir qué hace su enemigo".

¿Quién es el enemigo? Casi todos (97%) señalan a los grandes industriales; dos de cada tres añaden a los capitalistas extranjeros; y un 43% menciona también a los terratenientes. ¿Qué habría que hacer con ellos? Las respuestas son prácticamente unánimes: a los patronse que no respetan los derechos de los trabajadores, quitarles las fábricas y entregárselas a los obreros; a los capitalistas extranjeros, expropiarlos; y a los latifundistas, quitarles las tierras para repartirlas entre los trabajadores del campo. Pero si éste es el tono general de los razonamientos, cabe distinguir todavía dos subconjuntos.

El primero, mayoritario (53%), se inclina por un enfrentamiento abierto con los grupos definidos como antagonistas: "Hay que enfrentarlos con la reprimenda popular"; "Lo primero es averiguar en dónde se apoyan y quiénes son los que los apoyan para explotar a los trabajadores; y después, proceder"; "Hay que sacarles todos los privilegios que tienen y ponerlos a trabajar"; "¿Sabe qué hay que hacer? ¡Mandarlos al paredón!"; "Lo mejor es echar del país a todos los que tengan ideas que no sean nacionales"; "Hay que devolverles con la misma moneda"; "Lo que hace falta es oponerles la fuerza del pueblo y reprimirlos". Más aún: estos trabajadores opinan que hay que quitarles las fábricas a *todos* los patrones, independientemente de que cumplan o no con las leyes laborales.

... El segundo subconjunto, minoritario (27%), no es menos hostil pero

expresa una impotencia que conviene tener en cuenta como correlato posible de las orientaciones que analizo: “¿Y el obrero qué va a poder hacer? ¡Nada!”; “No se puede hacer nada porque ellos tienen la fuerza”; “Dentro del sistema en que vivimos no se les puede hacer nada porque son sus sostenedores. En otra parte la pasarían muy mal...”; “Y hacerles qué, si los capitalistas extranjeros dominan el mundo...”; “Vea, la verdad es que no se puede hacer nada porque aquí nadie hace nada y yo solo menos puedo hacer todavía”. No son razonamientos casuales; comparados con el subconjunto anterior estos respondientes son más propensos a no hacer nada o a cambiar de trabajo si el patrón los trata injustamente; tienen una actitud menos positiva hacia la huelga y son más renuentes a participar en huelgas de solidaridad; expresan un mayor rechazo hacia la protesta violenta en la fábrica; se interesan menos por la política; y es también menor su tendencia a considerar imprescindible que se constituya un movimiento político popular que defienda a los trabajadores.

En cuanto a esto último —y volviendo al tipo 5 en su conjunto—, la mayoría (60%) es partidaria decidida de la formación de tal movimiento, si bien otro 30% dice que para eso ya están los sindicatos. ¿Quiénes deberían integrar ese movimiento, según aquella mayoría? El clasismo de sus opciones más generales es claro y consistente: sólo los obreros (100%), los trabajadores rurales (100%) y los empleados (94%). Pero su escepticismo en la coyuntura estudiada es también evidente —aunque, sin duda, se modificaría un par de años después—: casi todos (84%) descreen de la probabilidad de que surja efectivamente esa fuerza política.

Todos estos trabajadores son peronistas; y señalan a los obreros (100%), a los trabajadores rurales (87%) y a los empleados (83%) como los grupos que fueron defendidos por los gobiernos de Perón. Esta percepción del peronismo menos como alianza populista que como genuino movimiento de clase (o, si se quiere, como populismo radicalizado de base obrera) se corresponde sin dificultades con mis precedentes descripciones del tipo. Se trata para ellos de la expresión política organizada de “los de abajo”, cuya tarea histórica está dirigida a liquidar la explotación y el privilegio en nombre de la *justicia social*. El tema se repite machaconamente, en contraste con las interpretaciones de los demás tipos. Si son unánimes en sostener que en la época de Perón se estaba mejor, casi el 50% de las respuestas no se fundan en razones puramente económicas sino en la afirmación clasista de los derechos de los trabajadores —y esto independientemente de que usen o no un lenguaje de clase—: “En la época de Perón los trabajadores podían protestar porque tenían apoyo”; “Entonces el gobierno atendía los reclamos de la clase trabajadora”; “Se respetaba al obrero”; “El obrero era el obrero y nadie lo pasaba”; “Había trabajo y la gente se sabía defender de las injusticias”; “Existían garantías para el trabajador; aseguradas por el poder máximo”; “El obrero estaba más protegido de las injusticias: planteaba sus demandas y era escuchado”; “El tra-

bajador valía no solamente como trabajador sino como ser humano”; “Existía una organización obrera con respaldo y por eso se la respetaba”; “Lo más importante era que en esa época había respeto por el obrero: nadie lo atropellaba y había mucha unidad”; “En una palabra: existían garantías de respeto a los trabajadores”.

Resuena en estas evaluaciones una preocupación por la autonomía obrera que se manifiesta también en otros tramos de la entrevista. Así, si se tienen en cuenta tanto las tradiciones peronistas como la coyuntura en que se realizó el estudio, resulta significativo que un 70% de estos encuestados prefiera que haya un gran partido de los trabajadores antes que sindicatos poderosos; y que un 53% desee que llegue al gobierno ese partido y no un presidente de los pobres (superan el tercio [37%] quienes optan consistentemente por ambas alternativas). Más todavía: puestos a imaginar la distribución del poder en una sociedad justa, la amplia mayoría (71%) opina que debería haber un gobierno fuerte y una fuerte organización obrera —proporción sólo comparable a la del tipo 4, aunque con implicaciones distintas.

En síntesis que, con grados variables de coherencia, es discernible aquí una afinidad por lo menos discursiva con las banderas levantadas por el llamado “peronismo revolucionario”.

4. Conclusión

4.1. Hice partir este trabajo de una doble crítica: a la asimilación corriente entre las condiciones de producción y de recepción de los discursos sociales; y al difundido supuesto de una variedad no controlable de los razonamientos de sentido común de los sectores populares.

Mi estrategia de análisis consistió, ante todo, en tratar las entrevistas como evidencias históricas interpretables; y las respuestas, como índices de prácticas discursivas colectivas —no de estados mentales de los individuos. Entendida así, una encuesta no tiende a generar el análogo de un texto sino de varios; por eso mi lectura estuvo dirigida a identificarlos, procurando aislar los núcleos de significación que pudieran darles sentido. (Nótese que esto implica abandonar de entrada la idea positivista de operacionalización, en tanto ésta supone que es posible transformar conceptos abstractos en datos unívocamente observables y eliminar de esta manera el problema de la interpretación.)

Para descubrir esos núcleos me basé, en algunas proposiciones teóricas generales acerca de la estructura de los razonamientos de sentido común y en una cierta familiaridad con el contexto histórico concreto del estudio. Según se vio, pude deslindar así una serie *discreta* de tipos, que aparecen constituyendo modos diversos y bastante *coherentes* de concebir la realidad. Precisamente porque estos tipos singularizan interpretaciones socialmente

disponibles, su lógica dista de ser arbitraria; y, aunque distinta, es tan construida —y reconstruible— como, por ejemplo, la de los discursos científicos: mientras esta última es elaborada y reproducida por las prácticas de las comunidades académicas, aquélla es generada y sostenida por procesos colectivos de producción de sentido en el mundo de la vida cotidiana.

Esto no quiere decir que todos los actores participarán necesariamente y en forma consistente de tales procesos; ni tampoco que los tipos examinados son los únicos postulables. Se trata de cuestiones eminentemente empíricas y, desde luego, la estrategia de análisis que he seguido debe ser puesta a prueba en otras investigaciones. Pero, formulados estos *caveat*, parece claro que los materiales reunidos corroboran que *hay* tipos reconocibles de razonamiento de sentido común, los cuales ponen el acento en aspectos distintos de la realidad y refractan diversamente los mensajes que reciben. En particular, en este caso, el significado de la adhesión al peronismo varía sistemáticamente con esos razonamientos y sólo se vuelve inteligible en su contexto.

4.3. Me referí antes a la considerable —y conocida— polisemia de la doctrina justicialista y de las prácticas políticas del peronismo. A este respecto, si bien las evidencias aquí presentadas no son generalizables sin nuevos estudios que las confirmen y que las extienden, alcanzan para precisar mejor la cuestión. Porque, dicho sucintamente, *la singularidad del peronismo no reside en que sea susceptible de diversas interpretaciones de sentido común sino en que éstas resulten tan divergentes como las que vengo de exponer.*

Toda ideología política —en tanto modo racional de discurso, que produce un informe sobre la realidad y funda en él un proyecto público de movilización— se sitúa a otro nivel que los juegos de lenguaje de sentido común con los que se articula. Por eso, Gouldner (1976: 219) distingue útilmente a las “ideologías” de los “paradigmas” (que se aproximan a los que denomino “tipos de razonamiento de sentido común”): las primeras contienen siempre imágenes más generales y abstractas que los segundos, pues estos últimos definen de maneras bastante concretas y particularizadas aquello que los actores corrientes desean y buscan. De esta forma, una ideología funciona como un metalenguaje del lenguaje ordinario de la vida cotidiana (*idem*: 24); y su eficacia depende, justamente, de su capacidad para conectarse con un amplio espectro de paradigmas diferentes. (Adviértase, de paso, que este planteo rompe con una empobrecedora concepción de la ideología como actividad meramente manipulatoria, que opera sobre sujetos pasivos.)

Desde el punto de vista del público es inevitable, entonces, que la adhesión ideológica implique un modo de “creencia *en*” apoyado en una variedad de “creencias *que*” (ver Price, 1971: 143-167). Pero lo que llama de inmediato la atención en nuestro caso es la gran heterogeneidad (y el carácter contradictorio) de las “creencias *que*” en las cuales se sustenta una

misma "creencia *en*" el peronismo; como se vio, ellas abarcan desde la creencia *que* éste supone un mayor bienestar económico en el interior del orden establecido hasta la creencia *que* su objetivo principal es la transformación profunda de este orden, por medios constitucionales o no. Basta una mirada a la evolución histórica del peronismo, sin embargo, para darse cuenta de que tales creencias no son ni accidentales ni arbitrarias sino que se corresponden con porciones de un discurso ideológico que siempre estuvo débilmente integrado. De ahí que su condición necesaria de funcionamiento haya sido una común creencia *en* el líder, cuyas tácticas pendulares sirvieron generalmente para impedir la dispersión de paradigmas tan múltiples.

Esto hacía previsible que, al morir Perón, se desencadenarían las fuertes tendencias centrífugas presentes en su movimiento —y acerca de algunas de las cuales da testimonio este trabajo. Pero se haría mal en seguir aplicándole indiscriminadamente a su liderazgo el fácil rótulo de "carismático": para buena parte de mis entrevistados al menos. Perón aparece sobre todo como un líder instrumental, encargado de satisfacer demandas específicas y de implementar proyectos concretos.

4.3. Lo anterior puede complementarse con otra observación. Según subrayé reiteradamente, considero a los tipos de razonamiento de sentido común como interpretaciones colectivas de las que participan los actores y no como meros agregados de orientaciones subjetivas. Es decir que, como cualquier sistema simbólico, son "históricamente construidos, socialmente mantenidos e individualmente aplicados" (Geertz, 1973: 26). Por eso les atribuyo un grado de estabilidad relativamente alto, sin perjuicio de que ocurran desplazamientos individuales entre los tipos. Desde luego, una sola encuesta no puede validar estos supuestos. Pero, pendientes otras investigaciones, me inclino a creer que la vigencia de esos tipos trasciende en mucho el momento en que se efectuaron las entrevistas.

Más aún: si es correcto mi argumento acerca de la lógica propia de los diferentes niveles en que se estructuran las prácticas sociales, *no hay ninguna razón para suponer que las fuentes de variación de un nivel serán necesariamente las de otro*. A este respecto, es conocida la considerable inercia de las interpretaciones de sentido común. (Véase Gramsci, 1975: v. II, 1400; Schutz, 1974 ss), cuya dinámica no es la misma que la de los debates doctrinarios o la de los procesos políticos. De ahí que sea plausible especular, por vía de hipótesis, que una vez extinguida la común creencia *en* Perón que actuaba de aglutinante, algunos de los paradigmas examinados se irán articulando a otros discursos ideológicos, no obstante los esfuerzos de recomposición que realice la cúpula peronista.

4.4. Excede los límites de este trabajo indagar cuáles experiencias concretas de los entrevistados pueden ser más aptas para explicar su distinta distribución entre los tipos. Pero vale la pena concluir adelantando, al menos, algunas comprobaciones negativas.

Ante todo, el 72% de los encuestados tenía menos de 18 años al produ-

cirse el golpe militar de septiembre de 1955. O sea que sus referencias a los dos primeros gobiernos peronistas no reflejan una experiencia vivida como adultos, lo cual acentúa el carácter "construido" de sus interpretaciones. Si se tienen en cuenta tanto la proscripción política del peronismo desde aquella fecha —y de todos los partidos desde 1966— como la casi nula militancia activa de los respondientes, se sigue que no es seguramente en este plano donde deben buscarse los determinantes de aquellas interpretaciones.

En segundo lugar, todos estos trabajadores fueron obreros en las mismas plantas automotrices. Sin embargo, ningún dato referido a éstas (establecimiento; nivel de calificación; antigüedad; tarea; ingreso; afiliación sindical; etcétera), aislada o conjuntamente, sirve para explicar las variaciones. Es bueno señalarlo frente a quienes continúan imaginando que "el obrero nace el día que entra a la fábrica", según ironizaba Sartre.

Por último, al tiempo de la encuesta, la situación ocupacional de los respondientes se había modificado del modo que indica el apéndice 2. Pero, otra vez, no existen conexiones discernibles entre esa situación y los tipos: por ejemplo, hay menos trabajadores por cuenta propia entre los entrevistados del tipo 1 que entre los del tipo 3 y más desocupados entre los del tipo 2 que entre los del tipo 5.

Dada la relativa homogeneidad de la población estudiada, estos hallazgos son útiles para volver a alejar cualquier tentación economicista y para insistir en la importancia de los procesos culturales. "¿Cómo es posible *ver* un objeto de acuerdo a una *interpretación*?", se preguntaba Wittgenstein (1953: 200-201); y respondía cautamente: "Pienso que la costumbre y la educación tienen algo que ver en esto".

APÉNDICE 1

Los datos que utilizo como material histórico del análisis fueron recogidos en 1970, mediante entrevistas en profundidad a 113 trabajadores del área bonaerense que habían sido despedidos por FIAT y por Chrysler entre 1966 y 1968. Se trató de una muestra representativa de los obreros calificados y no calificados que sufrieron la cesantía, según expliqué en otro lugar (ver Nun, 1979). Desde luego, esos criterios muestrales pierden sentido en el contexto del presente análisis, basado en 93 de aquellas entrevistas que contenían las informaciones necesarias. Por lo tanto, los datos no pretenden ser estadísticamente representativos y este trabajo debe considerarse básicamente exploratorio. Basten las referencias siguientes para una descripción de los encuestados:

- a) Al momento de las entrevistas, su mediana de edad era 30 años.
- b) 4 de cada 5 tenían dependientes a su cargo; el 72% estaba casado y un 60% tenía hijos.

- c) El 90% poseía estudios primarios completos y el 42% habían recibido educación secundaria —aunque sólo un 8% la había completado. (De todas maneras, estos datos se comparan muy favorablemente con el perfil educativo del obrero argentino que surge del Censo Nacional de Población de 1970: sin instrucción o con primaria completa, 59.9%; primaria completa, 30.7%; postprimaria, 8.8%; sin datos, 0.7%).
- d) Todos los entrevistados residían en el Gran Buenos Aires y la dispersión geográfica de sus viviendas era relativamente baja.

APÉNDICE 2

TIPOS DE RAZONAMIENTO DE SENTIDO COMÚN POR OCUPACIÓN AL MOMENTO DE LA ENTREVISTA (en %)

	Tipo 1	Tipo 2	Tipo 3	Tipo 4	Tipo 5
1. <i>Ocupaciones dependientes</i>					
1.1 Obrero industrial no calificado	11	28	10	14	23
1.2 Obrero industrial calificado	22	33	40	14	23
1.3 Trabajador en servicios	28	11	—	14	20
2. <i>Desocupados y Transitorios</i>	6	17	10	—	13
3. <i>Trabajadores por cuenta propia</i>	33	11	40	57	20
	(18)	(18)	(20)	(7)	(30)

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, Hannah: (1958), *The Human Condition*, Chicago.
- Bulmer, Martin, comp.: (1975), *Workers' Images of Society*, Londres.
- De Ipola, Emilio: (1982), *Ideología y discurso populista*, México.
- Geertz, Clifford: (1973), *The Interpretation of Cultures*, Nueva York, Basic Books.
- Geertz, Clifford: (1983), *Local Knowledge*, Nueva York, Basic Books.
- Gouldner, Alvin W.: (1976), *The Dialectic of Ideology and Technology*, Nueva York, Macmillan.
- Gramsci, Antonio: (1975), *Quaderni del Carcere*, Turín, Ed. Valentino Gerratana.
- Leiter, Kenneth: (1980), *A Primer on Ethnomethodology*, Nueva York.
- Lockwood, David: (1966), "Sources of variation in workers' images of society", en *Sociological Review*, 14: 249-267.

- Lockwood, David: (1975), "Rejoinder", en M. Bulmer, *op. cit.*
- Mann, Michael: (1970), "The social cohesion of liberal democracy", en *American Sociological Review*, 35, 423-439.
- Martin, R. y R. H. Fryer: (1975), "The deferential worker", en M. Bulmer, *op. cit.*
- Nun, José: (1979), "Despidos en la industria automotriz argentina: estudio de un caso de superpoblación flotante", en *Revista Mexicana de Sociología*, 1: 55-106.
- Nun, José: (1981), "La rebelión del coro", en *Nexos*, México, 46.
- Nun, José: (1983), "El otro reduccionismo", en Daniel Camacho *et al.*, *América Latina: ideología y cultura*, Costa Rica, FLACSO.
- Ossowski, Stanislaw: (1963), *Class Structure in the Social Consciousness*, Londres, Routledge & Kegan.
- Pitkin, Hanna Fenichel: (1972), *Wittgenstein and Justice*, Berkeley, University of California Press.
- Popitz, H. *et al.*: (1969), "The worker's image of society", en Tom Burns, comp., *Industrial Man*, Harmondsworth.
- Price, H. H.: (1971), "Belief 'in' and belief 'that'", en Basil Mitchell, comp., *The Philosophy of Religion*, Londres.
- Runciman, W. G.: (1966), *Relative Deprivation and Social Justice*, Berkeley and Los Angeles, University of California.
- Ryle, Gilbert: (1963), *The Concept of Mind*, Harmondsworth.
- Schutz, Alfred: (1974), *Estudios sobre teoría social*, Buenos Aires, trad. N. Míguez.
- Schutz, A. y Th. Luckmann: (1974), *The Structure of the Life World*, Nueva York.
- Smart, Barry: (1976), *Sociology, Phenomenology, and Marxian Analysis*, Londres, Routledge & Kegan.
- Sorel, Georges: (1919), *Matériaux d'une théorie du prolétariat*, París, M. Rivière.
- Wittgenstein, Ludwig: (1953), *Philosophical Investigations*, Nueva York, trad. G. E. M. Anscombe.
- Zweig, Ferdinand: (1961), *The Worker in an Affluent Society*, Nueva York, Free Press of Glencoe.